

## **“La distancia no elimina el compromiso “: la voz de una jueza Afgana.**

*El discurso de Safia Jan Mohammad, jueza Afgana en el exilio en la conferencia internacional de Medel”Doble frontera: género e infancia en las migraciones modernas. Normativa europea y derechos humanos” celebrada en Bilbao el 12 de junio de 2026.*

Mi nombre es Safia Jan Mohammad. Soy una jueza afgana. Durante años trabajé en Afganistán como jueza en el tribunal encargado de los casos de violencia contra las mujeres en la ciudad de Kabul, y hoy vivo como migrante en España.

Antes de comenzar, me alegra encontrarme aquí, en la ciudad de Bilbao, rodeada de jueces, juristas y profesionales del ámbito jurídico. Para mí es un gran honor poder compartir con ustedes una parte de la historia de mi vida.

Cuando hablo de Afganistán, no hablo únicamente de un país; hablo de millones de mujeres cuyos sueños, derechos y voces han sido amenazados y puestos a prueba una y otra vez.

Trabajé más de dieciséis años como jueza. Cada mañana, al entrar en el tribunal, sabía que detrás de cada expediente había una persona real: una mujer que había soportado la violencia en silencio, una joven obligada a contraer matrimonio forzado, una madre que temía por el futuro de sus hijas y personas que esperaban justicia.

Recuerdo a muchas mujeres que acudían al tribunal después de años de sufrimiento. Algunas habían sido golpeadas, otras habían sido obligadas a casarse y muchas habían perdido la esperanza antes de encontrar el valor para denunciar.

Como jueza, no podía cambiar toda la sociedad, pero sí podía cambiar la vida de la persona que tenía delante de mí, y eso era precisamente lo que hacía.

Trabajaba en casos relacionados con la violencia contra las mujeres, los matrimonios forzados, el matrimonio infantil, la privación de derechos, la violencia física y psicológica y otras formas de violencia que dañan gravemente la dignidad humana.

Cada decisión judicial suponía una enorme responsabilidad. Sabía que detrás de cada sentencia había una vida que podía cambiar para siempre.

Sin embargo, defender los derechos de las mujeres en Afganistán nunca fue una tarea fácil. En muchas ocasiones, quienes trabajábamos por la justicia nos enfrentábamos a amenazas, presiones y riesgos personales. Yo misma fui amenazada en repetidas ocasiones.

A pesar de todas estas dificultades, continuábamos desempeñando nuestro deber porque creíamos que la justicia no es solamente una profesión, sino también un compromiso ético: la convicción de que todos los seres humanos merecen vivir con dignidad y sin miedo.

Después llegó un momento que cambió mi vida: con la caída de la República de Afganistán en manos del grupo talibán, me vi obligada a abandonar mi país. No solo yo, sino también un gran número de jueces afganos temían la llegada de los talibanes. Con la llegada de este grupo terrorista, las cárceles fueron abiertas y muchos delincuentes que habíamos enviado a prisión quedaron en libertad. Además, más de 2.000 jueces hombres y 270 juezas perdieron sus puestos de trabajo.

Muchos tuvieron que esconderse o abandonar el país por temor a represalias y actos de venganza. Entre esos jueces me encontraba yo. Junto con varias juezas afganas, llegué a España por invitación de la Asociación Internacional de Mujeres Juezas y de la Asociación de Mujeres Juezas de España.

Tuve que dejar atrás mi trabajo, mi tribunal, mis colegas, mis recuerdos y una parte importante de mi identidad.

El futuro por el que había trabajado durante años se vuelve de repente incierto. A veces siento que mi experiencia, mis conocimientos y mis años de servicio han quedado suspendidos.

Convertirse en migrante significa comenzar de nuevo.

La migración no es solamente cruzar una frontera; la migración significa despedirse de una vida entera. Significa dejar lugares, personas, proyectos y sueños. Significa vivir entre dos mundos: el mundo que hemos dejado atrás y el mundo que intentamos construir.

Hoy vivo en España y, mientras avanzo por el camino de un futuro incierto y alejado de la profesión judicial, experimento una vida que todavía está llena de preguntas y desafíos.

Pero debo hacer una confesión: la distancia respecto a la judicatura y la incertidumbre sobre el futuro han generado un gran peso en mi vida.

Lo más difícil para mí no fue perder el cargo de jueza.

Lo más difícil fue sentir que ya no podía ayudar a las mujeres como lo hacía antes.

Durante años escuché sus voces cada día, escuché sus historias, traté de proteger sus derechos y de acercarlas a la justicia. Y, de repente, me encontré lejos de ellas.

A veces me siento impotente.

A veces me pregunto qué habrá sido de aquellas mujeres cuyos casos conocía.

A veces pienso en las niñas afganas que hoy no pueden estudiar libremente, en las mujeres que han perdido el derecho al trabajo y a la participación social, y en quienes todavía luchan para que sus voces sean escuchadas.

Pero también he aprendido algo muy importante:

La distancia no elimina el compromiso.

Aunque ya no pueda sentarme en un tribunal en Afganistán, todavía tengo voz.

Y mientras tenga voz, seguiré hablando por quienes no pueden hablar libremente.

Porque la defensa de los derechos humanos no termina al abandonar un país.

La justicia no tiene fronteras.

La solidaridad no tiene fronteras.

La dignidad humana no tiene fronteras.

Por eso encuentros como este son tan importantes. Nos permiten escuchar las voces de las mujeres y las historias que a veces permanecen ocultas. Nos recuerdan que detrás de las estadísticas de la migración existen personas reales, con nombres, familias, sueños y heridas.

Y quiero terminar con algo que llevo conmigo cada día:

Yo no soy solamente una mujer que perdió su tribunal.

Yo no soy solamente una migrante.

Yo no soy solamente una historia de desplazamiento.

Soy la voz de muchas mujeres que no pudieron llegar hasta aquí.

Soy la memoria de quienes defendieron la justicia en silencio.

Y soy, sobre todo, la prueba de que la dignidad humana no puede ser abolida por ninguna frontera ni por ningún sistema.

Porque si hoy estoy aquí hablando con ustedes, no es solo mi voz la que escuchan.

Es la voz de miles de mujeres afganas.

Es la voz de quienes siguen esperando justicia.

Es la voz de quienes, incluso en el silencio, nunca dejaron de existir.

Muchas gracias.

